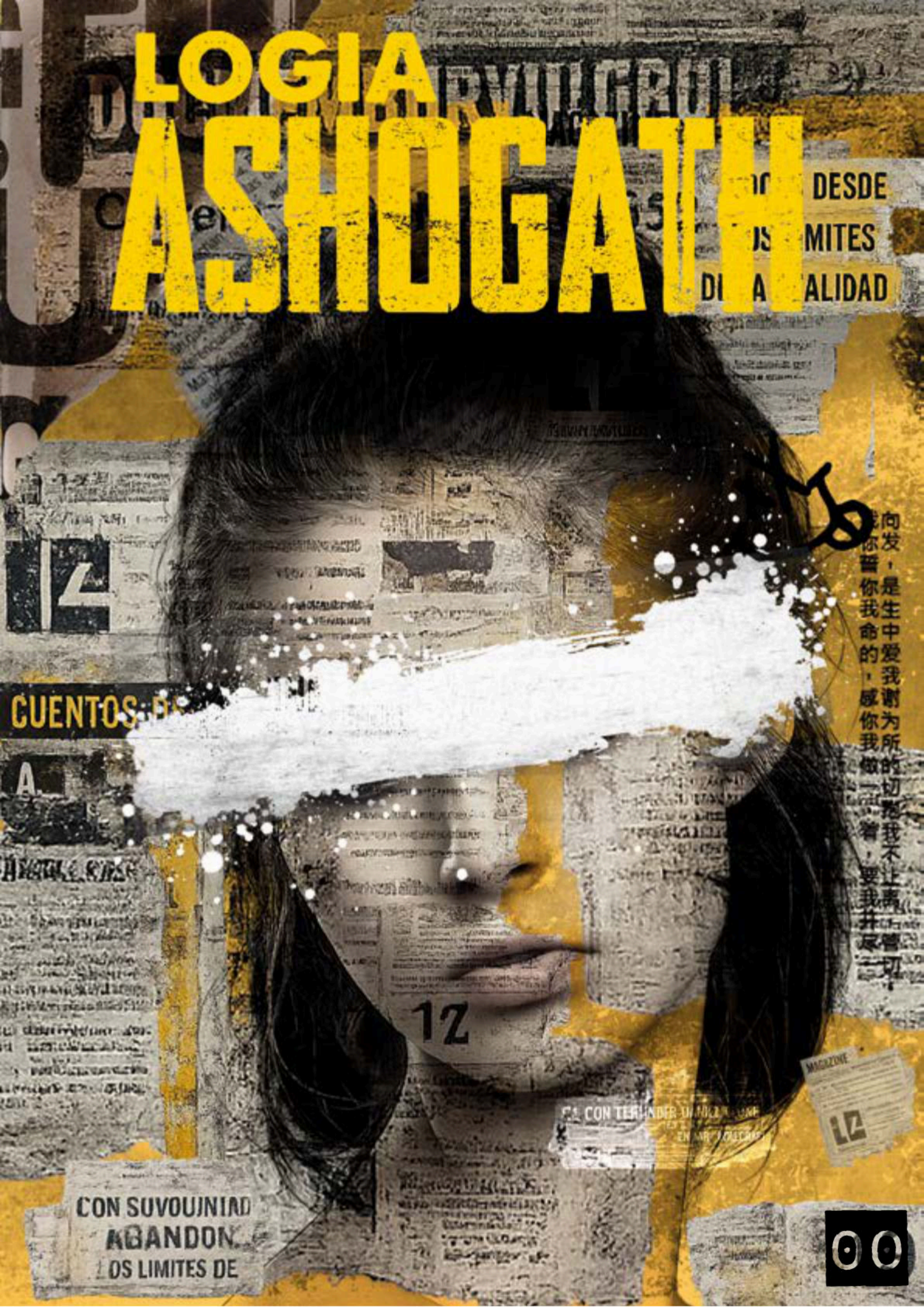

LOGIA
ASHOGATH
DESDE
MITES
ALIDAD
CUENTOS
12
CON SUVOLUNTAD
ABANDON
OS LIMITES DE
00

¿Por qué una revista?

La respuesta corta: aburrimiento.

La respuesta larga: un día pensamos "¿y si dejamos de guardar los cuentos en carpetas olvidadas y hacemos algo real con ellos?". Así nació esta revista: un espacio para publicar nuestras historias, experimentar, equivocarnos, crear y, ojalá, llegar a más gente.

Si estás leyendo esto, ya formas parte de la idea.

Contenido

01
Editorial

06
Monstruosidad

11
Expediente - 0

LO QUE QUEDA DE MÍ.....12
SOBRE LAS VIEJAS TABLAS.....18
LA SOÑADORA DE SANTIAGO CENTRO.....22
LA CIUDAD.....25
PRECAUCIÓN:: MONSTRUO SUELTO.....28
ATRAPADOS EN LA ASHOGATH.....33

Agradecimientos.....40

logiashogath

Diseño y diagramación: Romy Riq

Sobre la Monstruosidad y las monstruas.

ENSAYO

06

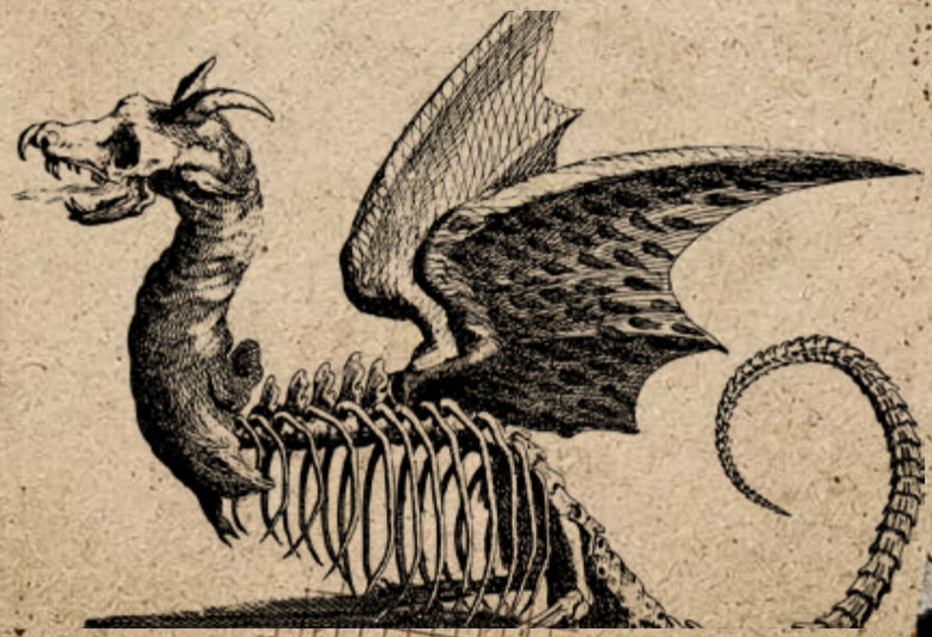
Monstruosidad

Los monstruos son el epítome de lo que teme la humanidad y lo que en ocasiones aspira, un monstruo es la quimera de lo que nos aterra, nos perturba y lo que, en ciertos casos, nos destruye. Va y consume hasta agotar, depreda sin miramientos, devasta lo que apreciamos e incluso amamos, le damos forma de un animal desprovisto de estética, de su forma natural, una aberración lejos de una estructura biológica, que se resiste a cualquier análisis. Sin embargo la realidad ha dado a los peores monstruos, carisma, discurso e inteligencia; a otros los ha blindado de escusas vestidas de argumentos, de estructura ideológica o justificación dogmática, y atributos de un mandato divino. Años atrás les dije a los niños, lean porque los monstruos existen, lean por que si queremos abatir a los monstruos la lectura, el pensamiento critico es un escudo, y una espada, sin embargo ahora, los monstruos también creen ser críticos, creen ser analíticos, y cuestionan lo incuestionable, defienden lo indefendible, y toleran la intolerancia, Los monstruos involucionan con nosotros, instrumentalizan voluntades, pues así se escuda de razón, va y crea imperios imitando un cáncer crecimiento y consumo descontrolado mientras va dejando el cuerpo de la humanidad enfermo e ideologizado, hay monstruos imaginarios terribles, capaces de someter la realidad misma, pero la realidad crea monstruos que se vuelven líderes, con poder tal que sus decisiones influyen incluso en el destino de otros, y para mal. Probablemente sabes diferenciar un monstruo imaginario, pero dime **¿sabes diferenciar a un monstruo real? ¿eres tu un monstruo?** Los monstruos existen y hay que abatirlos



La monstruosidad también surge como respuesta de quien fue abusado, oprimido y descartado la máscara, la actitud de un ser o una sociedad fracturada, que vio como otros crecían, ganaban, y enmarcaban logros, de quien fue sometido al punto que solo le quedó sobrevivir, aguantar. En la fantasía es el antiheroe, el villano redimido que alcanzó poder a través de sus circunstancias y su capacidad de ser el monstruo en el instante correcto, ejerciendo la violencia de manera sistemática para lograr metas y escalar. No obstante la monstruosidad también es el limite al cual fue forzado quien fue oprimido y abusado hasta erradicar su humanidad, a quien no le quedó más opción que llegar a la monstruosidad, destruyendo las emociones, la bondad y la propia ética, encontrando en ello redención, justicia, y reparación. El umbral para la monstruosidad es fino, indistinguible en ese horizonte que llamamos moral, un mal paso pude desencadenar que algo o alguien adquiera monstruosidad.

Iván Salazar



Monstruoas

Hay monstruos que nacen para asustar y otros que nacen porque alguien necesitaba un nombre para aquello que no podía controlar. La mujer monstruosa pertenece a este segundo grupo. Desde los primeros relatos de Occidente, las mujeres que desean demasiado, que saben demasiado o que se niegan a ocupar el lugar que la sociedad les asigna terminan convertidas en criaturas aterradoras. Brujas, sirenas, vampiras, devoradoras de hombres o caníbales comparten un mismo origen: todas representan el miedo que produce una mujer que deja de ser dócil.

Lo monstruoso, entonces, no nace de la violencia que ejercen estas figuras, sino de aquello que simbolizan. Una mujer que no obedece siempre ha resultado más inquietante que un monstruo cualquiera.
La literatura ha comprendido esto desde hace siglos. Cada época ha construido el monstruo femenino que necesitaba. En la Antigüedad aparecieron figuras como Lamia, una madre convertida en devoradora de niños, o Circe, cuyo conocimiento y autonomía la alejaban del ideal femenino. Más tarde llegarían las brujas medievales, perseguidas precisamente porque escapaban del control masculino, y después las vampiras del siglo XIX, cuya verdadera amenaza no era beber sangre, sino poseer un deseo sexual propio.

En ese momento ocurre una inversión fascinante. Durante siglos, la mujer fue el cuerpo consumido: por la mirada masculina, por el matrimonio, por la maternidad obligatoria o por los ideales de belleza. La mujer caníbal rompe esa lógica. Ya no es el objeto del consumo; ahora consume ella. Su hambre deja de ser una vergüenza y se convierte en una forma de recuperar aquello que históricamente le fue arrebatado: el derecho a desear.

No es casual que muchas de estas historias estén escritas por mujeres. Tampoco que el monstruo ya no sea el antagonista, sino la protagonista. El lector deja de observar a la criatura desde la distancia para mirar el mundo a través de sus ojos. Y cuando eso ocurre, la pregunta ya no es "¿por qué este monstruo mata?", sino "¿qué clase de sociedad necesitó convertirla en monstruo?"..

Todas ellas comparten una característica: tienen hambre.

Romy Riq



Vestigios Narrativos

Expediente-0



LO QUE QUEDA
DE MI

Se encontró con un cielo plomizo, espeso como el cemento. Parecía que la lluvia estaba a punto de desplomarse sobre la ciudad. El viento cálido recorría las calles, cargado de una electricidad leve que erizaba la piel. El olor a petricor anunciaba que pronto llegaría el agua. Pero eso no la detendría.

Guardo el mapa, agarró su mochila, la misma que la había acompañado durante años, y salió del edificio que había sido su refugio los últimos inviernos. Las calles seguían siendo las mismas, sucias, llenas de basura y escombros, como si algún gran carnaval se hubiera celebrado y, al irse todos, solo quedaran los restos de lo que una vez fue vida. Los autos seguían desparramados por la avenida, muchos con las puertas abiertas, algunos aun tenían a sus antiguos dueños o al menos los restos. Hacía años que no veía un rostro humano. Estaba casi segura de que era la última en ese rincón del mundo.
Avanzó lentamente, mirando hacia su alrededor, los edificios se alzaban como tétricos cadáveres,



Convertidos en guardianes de una ciudad silenciosa, pero aquella aparente calma era una mentira: bajo los escombros, en los sótanos y túneles, esperando la noche, acechaban las criaturas. No pensaban, no sentían, no hablaban.
Durante el día, parecían estar en letargo, encorvados, inmóviles. No les afectaban ni el sol ni la lluvia. A veces, deambulaban torpemente por callejones, otras se los veía por las ventanas, como sombras atrapadas en su propio reflejo. Pero de noche... de noche eran una horda, y cuando se agrupaban, parecía nacer entre ellos una mente de colmena: una inteligencia animal y voraz que solo perseguía el saciar una terrible necesidad de comer.
Ella había estudiado sus hábitos con obsesión. Llevaba años anotando cada patrón en su diario, buscando la hora exacta, como actuaban en manada o en solitario, buscando rutas menos peligrosas. Aguantando días, meses, años desde que quedó atrapada en medio de la plaga, hasta que dejo de encontrar comida, hasta que dejo de soñar con encontrar a alguien más con vida.
Había decidido dirigirse al norte. Según los últimos registros policiales que encontró en una comisaría, allí estaba uno de los portones de contención, una muralla que aislaba la ciudad del mundo exterior. Si lograba alcanzarlo y cruzarlo… podría escapar de aquella prisión.



Mientras consultaba su libreta de anotaciones, escuchó un leve ruido. Algo se movía en la calle de al lado. Se detuvo expectante, contuvo la respiración para escuchar con más claridad, miró su reloj: aún quedaban horas de luz; no debería haber movimiento; silencio; tragó saliva y, con el pulso acelerado, decidió continuar. Solo faltaban unos metros para llegar al límite de la urbe.

Dos portones de metal vigilaban el acceso, flanqueados por una alambrada gruesa y una segunda barrera aún más letal: una malla de acero coronada por púas capaces de desgarrar cualquier carne que se atreviera a rozarla. Allí colgaban los cuerpos en distintos estados de descomposición, restos de las criaturas que, arrebatadas por el hambre, habían intentado abrirse paso, ahora convertidos en un recordatorio cruel.



Inspeccionó el lugar. No había restos de ninguna actividad desde hacía semanas. Traspasó sin dificultad la cerca, que, deteriorada por el tiempo y por antiguas embestidas, cedía lo suficiente para permitirle cruzar. Con el pulso acelerado por una mezcla de temor y esperanza, se acercó a los portones. Extendió la mano, buscando la forma de abrirlos, tanteando en busca de alguna cerradura oculta.

Entonces, dos focos se encendieron con una violencia que arrasó con las sombras y la obligó a cubrirse los ojos para no quedarse ciega.

Desde un altavoz oculto, una voz envejecida, áspera como metal oxidado, lanzó la advertencia

:—¡Ni un paso más!

Asustada, alzó las manos, en señal de rendición, sin saber exactamente qué hacer.

—¡Soy humana! —gritó. — No he sido mordida, mientras daba algunos pasos

Pero una ráfaga de disparos golpeó el pavimento frente a sus pies.

—¡Malditos! ¡Les dije que soy humana! —volvió a gritar, intentando retirar el pañuelo que tapaba su boca

Otra ráfaga le respondió, aún más cerca, atemorizada, retrocedió lo suficiente para que alguien de allá arriba pudiera verla. Reconocerla. Pero ya era demasiado tarde, el escándalo había despertado a las criaturas que comenzaron a aparecer rápidamente, desde cada rincón, callejón o edificio, al principio en grupos, pero ahora como: una masa amorfa, podrida, hambrienta.

Impotente, observaba cómo la horda se le acercaba con rapidez; estaba atrapada; su plan había fallado. Tantos años sobreviviendo… para acabar así. Suspiró profundamente, dejó caer la mochila, el diario donde había escrito sus sueños, cerró los ojos, esperando una muerte rápida.

Pero los zombis pasaron de largo, ni siquiera la miraron, Iban directos hacia las puertas, atraídos por el ruido y la luz. Entonces vino el infierno. Ráfagas de ametralladora rasgaron el aire. Miles de soldados se habían apostado en las murallas, lanzando granadas que tenían el cielo y las calles en llamas. De pronto, carne, huesos y escombros volaban por todas partes. Hasta que una granada le dio alcance, arrojándola al suelo. Viva, pero aturdida, se levantó como pudo. El cuerpo le temblaba tanto que apenas podía sostenerse. Se obligó a correr, ¡Esquivando cadáveres, autos y cualquier cosa que le obstaculizara la huida, corrió hasta que sus piernas dijeron basta! Se apoyó contra un poste, jadeando y sudando, mientras aún se escuchaban los disparos.

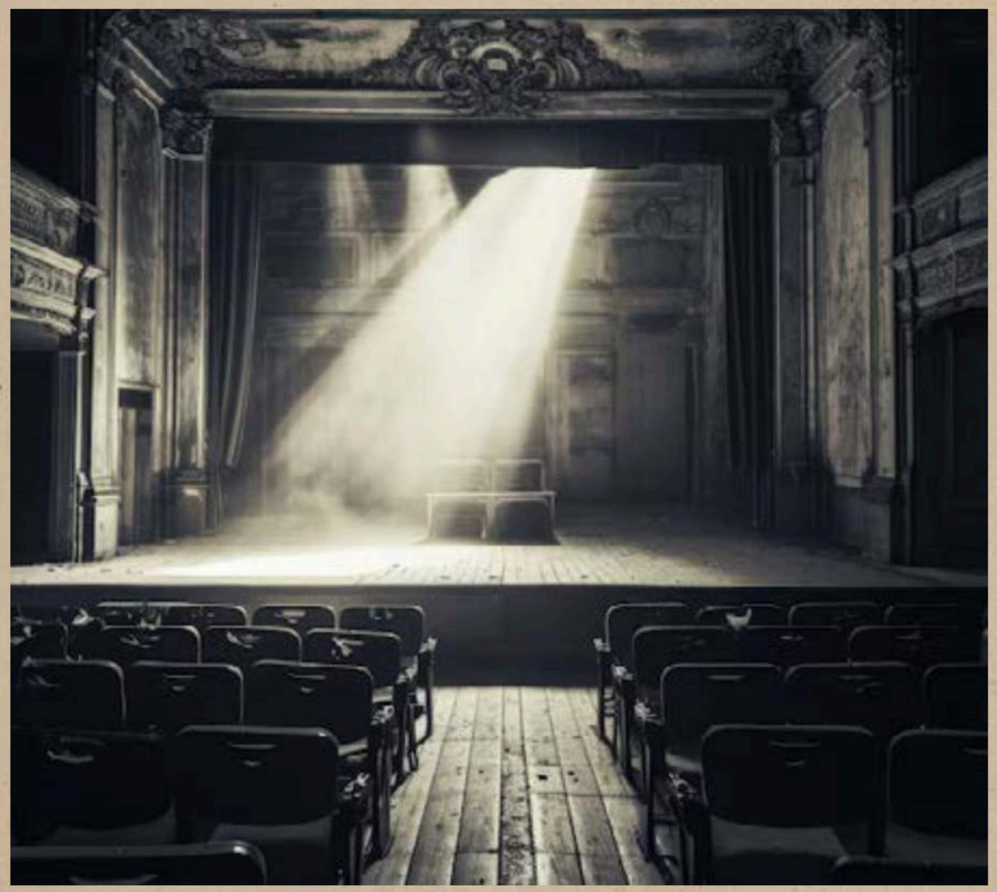
Se arriesgó a entrar en uno de los edificios que resultó ser un centro comercial. Al parecer, los muertos habían salido en su totalidad. Todo estaba cubierto de polvo y silencio. Se detuvo frente a una antigua tienda de ropa, recuperó lo que podía servirle y en una de las paredes se encontró con un espejo. Al principio no le llamó la atención su apariencia, pero cuando prestó mayor atención, se acercó aún más y entonces lo vio.



Dos balas habían perforado parte de su abdomen. Se tocó impresionada, pero no sintió dolor. La sangre, su sangre, era espesa y oscura. Entonces se quitó el pañuelo que llevaba puesto como mascarilla. Gritó incrédula por lo que veía. Dio unos pasos intentando alejarse. Esto era una total locura, no lo entendía, no lo comprendía; su reflejo la mostraba, pero, pero. Con la mano temblorosa, tocó su mejilla, justo bajo el pómulo, su carne ya no estaba. Solo quedaban encías, dientes, y una lengua aún tibia. Ya no podría regresar.

Romy Riq

Sobre las
Viejas Tablas



Muchos sonrieron al reconocerlo, las expresiones, las sensaciones que entregaba, eran captadas por un público un tanto ajeno, reían, disfrutando de su rutina, aún así el resto de los actores, estaban un tanto preocupados y reticentes ¿acaso no estaba gravemente enfermo?
Fue la pregunta susurrada entre pasillos, y así también entre pasillos otras conversaciones y tratos eran sellados.-

Él debe disfrutarlo también, lo sé, estas tablas – suspiró - amaba lo radical.- Mi profesor me decía que el hombre jamás podrá imitar a la naturaleza en todos sus aspectos.- Sabia persona.- Sólo lamento que jamás vio el resultado de sus logros y bueno...- Lo que importa es lo que dejamos, si lo vemos o no, poco importa, es como el hombre que planta un árbol sabiendo que no disfrutará de su sombra.- Así es.
Un ensordecedor aplauso interrumpió, era el fin de la tercera parte, tan sólo restaba uno y todo parecía magnífico, los regalos prometidos por una función gratis, serían la única forma de enganche que llenó las butacas. El técnico aún se sentía un tanto incómodo dentro de la sala, jamás fue habitual ni gustoso el encuentro de mentes tan distantes, aquellos que veían la vida de maneras tan distintas, lo cuantitativo y cualitativo contra lo expresivo y trascendental, pues nunca ninguno encontró una formula para entender al otro, pero ese día, el encuentro parecía palpable, todo por un ser humano que logró lo impensado, darle limite a la tecnología, y libertad creativa al humano. Sobre las tablas otros hechos prorrumpían, ayudada de proyecciones fondos y cambios de iluminación, el último dialogo resonó claro en la sala.

Sufro, sufro al ver a mis hijos convertidos en esas criaturas, en vacíos
zombis, ¿ya no tienen alma? responden a todo tan automáticamente...
¿y tú?...



.- ¿Yo?, me cuesta, es difícil expresar esa rabia, esa impotencia, y tienes razón, son tan autónomos, ya casi no dependen de mí, y no es que quiera que estén pegados a mis faldas, pero recuerdo a mi madre tan vieja como yo, y yo tan joven como ellos, pendiente de los consejos y las interminables charlas, los amenos encuentros, pero ¿cuando comenzó todo esto?, la gran solución, la máquina que hacia nuestros sueños de grandiosidad posibles, al menos en aquel entonces temía menos que fracasarán, no tendría por que temer a que tocaran fondo, porque todo su capital estaba en sus pensamientos mejorados.- Ahora la vida es tan dura, los viejos no valemos ni la experiencia que acumulamos, todo es deducible, gasto e inversión, jamás confié en los ideales políticos pseudos liberales del obeso país, ahora todos estamos esclavizados a los bienes, ¡qué digo bienes! ¡Males materiales!, el alma perdió su valor, ¿en qué momento el hombre se volvió su propia máquina?.- ¿Pero qué podemos hacer?, estamos viejos, el sentido de la revolución
se morirá con nosotros.- ¡Abuelo, abuelo!, dime ¿que es revolución?.- Quizás no, quizás aún queda una pequeña y linda esperanza.

En la escena el señor vestido elegantemente, se arrodilla, y se alegra,
no obstante una amarga desesperanza se asoma en su rostro, era evidente, pues el alma de los presentes se estremeció.
- Aléjate de la máquina neural, sólo allí sabrás que es la revolución, deja que tus pensamientos fluyan a veces sin propósito, reflexiona, no simplemente ejecutes instrucciones, a veces es bello improvisar.

- Pero mi papi dice que es lo mejor, aprenderé muchas cosas...
La escena termina con un cálido abrazo a la pequeña, los anticuados mecanismos robóticos activan el cierre del telón, y las pantallas y luces oscurecen lentamente, todo queda en pausa, el aplauso se cierne sobre el auditorio los incentivos son descargados a sus cuentas, ¿Aseguraba el éxito la formula del éxito?
- ¡Hermoso!, le imprimió esa fuerza, esa desesperación, ¡quedó impecable!.
- Me pregunto si será necesaria ésta excentricidad, la unidad es bastante eficiente.
- Claro, sé que le parecerá estúpido o excéntrico, la verdad será mejor así, crear un mito es difícil y él lo logró, claro, al final necesitó nuestra ayuda, pero lo que vale es lo que quedó en las mentes de esas personas y en el registro que entregaremos.
- Entiendo.- ¡Algo más!.
- Dígame.
- Quiero que esto sea un secreto, ¿podré confiar en su discreción?.
- Soy un profesional, sólo me limito a mi trabajo, ¿sabe? me han pedido cosas muy extrañas y patéticas, que rayan los excesos, incluso aberraciones terribles, y asquerosas que tan solo dios sabe que será de esos pequeños trozos de silicona y circuitos, pero esto, esto es lo más
humano que he hecho, cuente con toda mi discreción.
Cada hecho se suscitaba a ritmo tranquilo, pacífico, totalmente ajeno de la vorágine externa, el auditorio sería demolido, en pos de una ciudad funcional y productiva, pero dentro cedían lentamente las palabras, teatrales, enmascaradas y absolutas, todo estuvo lleno de un sentimiento extraño, dormido quizás, las verdades fueron dichas con dulzura, pero incendiarias.

- El protocolo, se activará pronto.
- Es parte de su protesta, es el final que quiso darle a la obra antes que pasara por los beatos de la censura.
- En breve se transmitirá todo directamente a los implantes de la gente, y de unas a otras al ser comentado.
- Maravilloso, por favor, salga antes que los drones hagan lo que tengan que hacer.
- ¡fue un gusto señor!

Un androide recreando la obra de un muerto, y una revolución en las mentes de humanos que a favor de la producción, se habían vuelto máquinas a si mismos, por contrato, por necesidad, para ganar ¿y las tablas del viejo teatro? ardiendo como un símbolo. Suelto por las calles buscaba extender la razón, desprovisto de piel pero transmitiendo como una vieja radio mal sintonizada, canciones y voces mas sensatas del pasado.

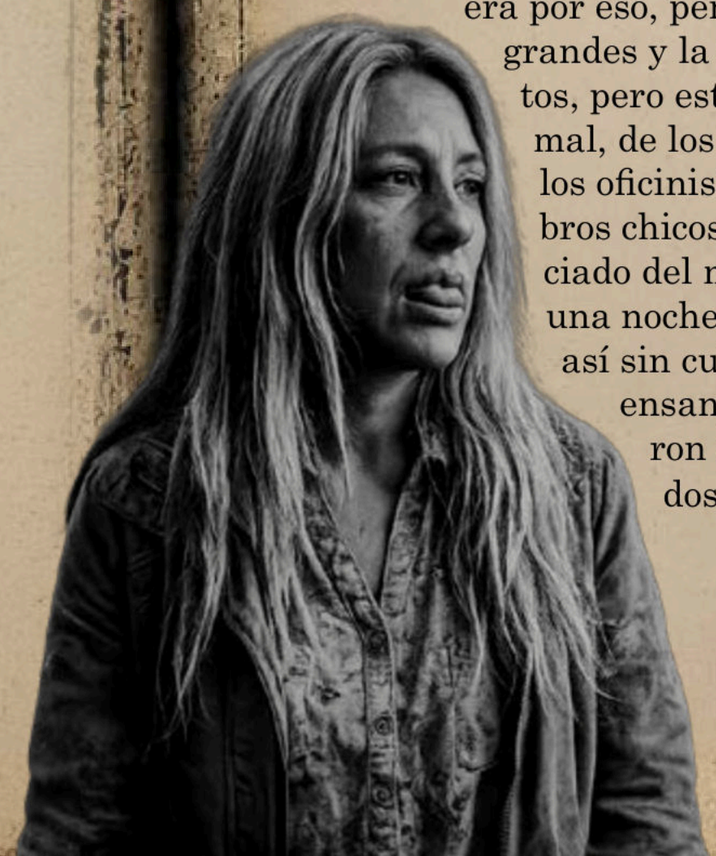
Iván Salazar



La soñadora de
Santiago Centro

Le faltaban todos los chocleros hasta los caninos, y hacía esfuerzos por mantener su prótesis quieta, no era abuela pero a veces se sentía una por ese gesto de mierda que tenía que hacer con la lengua, su cabello aún era largo y bien teñido de rubio, tenía suerte que su color natural fuera castaño clarito, lo mantenía como en sus años más prósperos, venían siempre del barrio alto a su departamento en santiago centro, los prefería sobre los obreros, sobre los oficinistas, por que en el fondo buscaba escalar, salir de la opresiva ciudad, darse lujitos, lucir su belleza en otros paisajes. Estaba chata, pero hacía cola como todos en el cesfam, a veces se metía entremedio, haciéndose la simpática, solo buscaba la forma de recuperar la sonrisa, porque ya no la visitaban tanto como antes y

era por eso, pensaba, por que aún tenía las tetas grandes y la raja bien parada a sus cuarenta y tantos, pero estaba chata, chata de los que la trataban mal, de los que la trataban bien, de los obreros, de los oficinistas, a veces veía con anhelo a los cabros chicos pero no podía sonreirles, ese desgraciado del mercedes la dejó así, se puso como loco una noche y le hizo mierda la cara a puñetazos, así sin culpas se bañó, la dejó tirada con la cara ensangrentada y esa misma mañana le dijeron que lo vieron en una misa en los sagrados corazones, como si nada.



Sí, se sentía rica todavía, si lo único que la cagaba eran sus chocleros, nadie le sacaba de la cabeza que el desgraciado era de esos fletos que no quieren salir del closet, por que se la culiaba como con desagrado, de esos que se pegan en el pecho los domingos en un templo, que se arman una familia que odian, con una mujer sumisa que les aguante y les crean sus mentiras, que fueron siempre el hijito de papá, por que por su cuenta, nunca, nunca habrían sido nada, un apellido era todo, y lo tenía claro.

El desgraciado le hizo mierda la cara a puñetazos, sabe que le dejó un coco magullado, con eso se conforma a veces, otras piensa que debió marcarle la entrepierna de un mordisco, pero nunca denunció, ella había aprendido a aguantarse esas cosas, habían unos que te trataban bien, otros sacaban el diablo de adentro, y otros lo hacían para sentirse machos, pero bueno, la palabra de una rubia que atendía a puros cuicos valía mierda, menos ahora que era político, quien le haría caso a una alcohólica media loca, y sin dientes, el viejo iba a misa, usaba terno, corbata y andaba con chapitas de la bandera.

Iván Salazar



La Ciudad

Vivir en una ciudad hecha de huesos grises, una ciudad que parecía haber sido modelada por los dedos fríos de gigantes prehistóricos que, al morir, dejaron atrás sus formas, esas mismas formas que dieron vida a edificios palpitantes, es suficiente para volver loco a cualquiera. La ciudad Beta, alguna vez llena de vida, hoy era un cadáver exangüe y cadavérico. Antes, había sido una gran polis, bulliciosa y vibrante, pero el virus fue despiadado y se llevó consigo el color, el ruido, la música, y, finalmente, las personas.

Al principio, los muertos eran apilados y quemados en enormes fosas comunes, pero pronto, la rapidez del aumento de defunciones abrumó a los pocos sobrevivientes. Los cuerpos comenzaron a acumularse en las calles y en las tiendas, desmembrados y olvidados, sin protección alguna, sin cura. Nadie podía llorarlos. Para preservar la escasa vida que quedaba, se tomó la decisión de abandonar la ciudad. Y con ello, la memoria de Beta fue dejada atrás, sepultada bajo una capa de huesos grises y silencios lúgubres

La ciudad quedó en coma, en un letargo que parecía eterno. Los sobrevivientes reconstruyeron sus vidas en otras partes, inventaron nuevas vacunas, y poco a poco, la muerte se disipó como una niebla espesa levantada por un viento lejano. Pero el virus, con su implacable naturaleza, cambió una vez más. El aislamiento y la capacidad de adaptación de este monstruo invisible le permitieron evolucionar. Su genoma, retorcido y mutante, alcanzó un nivel de sofisticación tal que fue capaz de reanimar los troncos encefálicos y los hipotálamos de los muertos. Y fue entonces, cuando los cadáveres, como marionetas a las que se les devolvía el hilo, comenzaron a levantarse.

La ciudad Beta se convirtió en algo más. En madre. En un lugar donde los muertos caminaban, pero no caminaban por voluntad propia. Sólo por inercia. Y sus cuerpos, deformados, errantes, eran ahora sombras de lo que alguna vez fueron. El virus les había dado vida, pero una vida vacía, casi infantil, sin voluntad, sin propósito. Como niños dormidos, hambrientos, buscando algo que ni siquiera sabían qué era. Y entonces, los sobrevivientes regresaron. Armados. La ciudad, que había sido un campo de horror, se convirtió en un safari, con cazadores y presas, sangre y caos. Días y noches de convoys que llegaban desde todos los rincones, trayendo armas más letales, mientras los muertos, estúpidos y voraces, se abalanzaban como manadas de animales. A veces, las criaturas caían, con miembros cercenados y cerebros esparcidos sobre el asfalto, y otras, los cazadores, siempre inexpertos en el terror de la ciudad, terminaban vomitando por el olor nauseabundo que emanaba de los cuerpos en descomposición.

Pero la ciudad no se detenía. Año tras año, Beta engendraba más criaturas. Y año tras año, los cazadores regresaban con armas más sofisticadas, más destructivas. El ciclo continuaba, inmutable. Sin embargo, algo estaba cambiando. El virus, en su constante evolución, dio un nuevo paso. Las criaturas, que una vez se arrastraban, que gemían como animales, ahora comenzaron a caminar erguidas. Sus movimientos se hicieron más complejos. Había algo nuevo en sus ojos, una chispa que no existía antes.

.

La ciudad Beta estaba comenzando a crear algo que nunca había imaginado. Un nuevo tipo de ser humano, o algo similar. El virus, como si tuviera un propósito mayor, no era más que el intermediario, el conductor de un experimento macabro. Y lo peor era que, entre los muertos, comenzaron a surgir diferencias. Algunos, en sus agónicas luchas, comenzaron a emitir palabras. Otros, incluso, comenzaron a parecerse más a humanos. Más fuertes, más ágiles, más inteligentes. Y entonces los cazadores empezaron a ser cazados. Las armas que antes eran letales, ahora no servían de nada. Los cazadores, aquellos que se habían creído invencibles, se ocultaron, temblando, porque ahora, en las sombras de Beta, la caza era recíproca. La ciudad Beta había creado a sus propios humanos, pero no los había hecho con sus manos. El virus, como una madre indiferente, había engendrado lo que alguna vez fueron personas, y ahora los cazadores, los sobrevivientes, eran solo una pieza más en el ciclo de su creación.

Romy Riq

Precaución:

Monstruo suelto

El cielo está nublado, corre un viento que amenaza con lluvias, pero sabes bien que desde hace varios meses las lluvias son solo eso; nada más que amenazas. Aun así, el aire está frío y trae consigo presagios de que algo se desencadenará, ojalá sea la lluvia. Llevas varios días buscando, pero ya los encontrarás, lo sabes bien. Desde que te diste cuenta de lo que estaba ocurriendo, es que estás con esa claridad que viene justo en aquellos momentos en que se necesita. Esta ciudad te necesita, así que debes andar atento, con todos tus sentidos alerta; no sabes lo que te pueda deparar en la siguiente esquina o detrás de cualquiera de esos árboles.
Avanza a paso seguro, no te detengas, pero tranquilo, que tu prisa no te delate. Hay monstruos a tu alrededor, alguna vez fueron personas, pero ya no. Tú lo sabes, las señales te lo fueron indicando; fueron imperceptibles al principio, quizás por eso la gente se fue acostumbrando a ellas y terminó por ignorarlas. Ese fue su error, pero no el tuyo. No, tú estabas atento, despierto. Lo has estado desde varios años atrás. Viste como la carne comenzó a decaer en sus rostros, como las miradas fueron perdiendo el brillo, incluso sentiste el aroma de la putrefacción en el ambiente. Trataste de advertirle al resto, pero nadie te escuchó, como siempre.
Tuviste que aguantar burlas y algunos golpes, miradas de desprecio, hasta el rechazo de tu familia, pero por suerte para el resto de la humanidad, no te dejaste amedrentar.

Ahora eres el único que sabe lo que realmente ocurre y que recorre las calles de la ciudad buscando a aquellos no-muertos que están escondidos, amenazando a todas las personas inocentes.

¿Recuerdas cuando viste al primero? Era una mañana fría, tal como hoy, pero estabas más lejos, en otro sector, ahí donde la ciudad se disuelve entre campos de cultivo y basurales. Entre medio de unos arbustos lo viste caminar hacia ti, al principio pensaste que era alguien como tú, que se ha visto obligado a dormir bajo las estrellas varias noches, sin más abrigo que unos cartones viejos, pero había algo que lo delataba; era aquella opacidad en sus ojos, aquella falta total de vida. Abrió la boca al verte, pero nada inteligible salió de sus labios, solo un zumbido como de miles de insectos queriendo atacar. Tomaste una piedra e hiciste lo único que quedaba; partirle el cráneo. Es la única forma certera de detener a los zombis; partiéndoles el cráneo. El hedor de su sangre putrefacta se quedó patente en tu memoria hasta ahora, recordándote lo desagradable de tu tarea, pero piénsalo de una forma positiva: solo tú puedes soportar tamaño peso sobre los hombros.

Hoy es uno de esos días, el aire tiene un olor eléctrico, como de tormenta, creo que eso ya la habías dicho, no te repitas, sé breve, cada vez que te repites la gente piensa que no estás bien, pero son ellos los equivocados.
Como aquella mujer que no pudo entender que en realidad la habías librado de una muerte horrible al intentar partirle la cabeza a ese muchacho que se acercaba a ella con los brazos abiertos, dispuesto a apresarla y a enterrar sus dientes en su cuello. Tuviste que huir por sus gritos, te persiguieron, sus pasos resonaban en las calles, pero fuiste más veloz, las hordas son siempre más torpes que alguien con tu determinación.



Confunden como en un laberinto en los suburbios. Ibas resoplando por entre las calles, era el atardecer y las sombras iban creciendo para protegerte.
Tuviste suerte, pero desde ese día te diste cuenta que sería mejor tener un arma con la cual hacer mejor tu trabajo, aunque no había nada lo suficientemente digno para tan noble misión. En tus paseos urbanos afinaste la vista en busca de la herramienta suficientemente digna. Probaste unas cuantas, nada plenamente satisfactorio; se desbarataban al primer golpe y no dejaban a tus enemigos acabados, tenías que huir, estuvieron a punto de atraparte varias veces.
Una mañana soleada por fin la hallaste, estaba en medio de un parque apoyada junto a un árbol, de mango pulido y liso, madera noble, de seguro. No tuviste que preguntar, pero sabías que estaba hecha con trozos santos, quizás hasta de la mismísima Veracruz, solo una madera así de santa podría ser blandida para la misión de limpiar este mundo del ataque de los no-muertos. Una gruesa argolla metálica afirmaba a la madera un azadón, de seguro hecho con metal de origen fabuloso también. Lo tomaste y se amoldaba perfecto en tus manos; un arma luminosa para tiempos oscuros.

Tuviste días tranquilos, los no-muertos huían de ti, se hizo difícil encontrarlos, aunque sabes que hoy será distinto, hay algo en el aire que lo dice, un aroma eléctrico, sabes que está cerca aquella fetidez insana de la carne muerta, sabes que hoy será el día. Llevas tu arma cubierta por tu gabardina, te dificulta caminar un poco, pero todo sea por el efecto sorpresa. Estás emocionado, se te nota en la mirada, en como das los pasos, hay cierta vacilación, pero es solo un poco de ansiedad. Tranquilo, tienes una misión y es importante.



Lo ves ¡Ahí está! Sentado en una mesa, con uno de esos vasos de café desechable en la mano, está solo. Su aroma lo delata, ves sus movimientos inseguros, las carnes muertas no se mueven con la misma agilidad que los vivos. Debes cerciorarte, no puedes cometer errores. Decides pasar cerca, lo que más puedas sin quedar al alcance de uno de sus zarpazos. Estás nervioso, sabes que aquella abominación puede reaccionar y atacarte, pero necesitas verificar tus sospechas. La bestia levanta la mirada y puedes ver aquella opacidad en sus ojos, aquella falta total de vida. Abre la boca, pero nada inteligible sale de sus labios, solo un zumbido como de miles de insectos queriendo atacar. Ya no hay dudas, debes actuar.
Avanzas un par de pasos para no levantar sus sospechas, tu corazón late fuerte, sientes tus propios latidos retumbar en tu pecho, sientes como que te falta el aire. Un trueno resuena a lo lejos, era cierto que se aproximaba una tormenta. Te detienes y sacas tu arma de entre su refugio de tela, la sostienes con firmeza en tus manos. Imploras para que te llegue el apoyo mágico de su magnífica factura, que la santa madera canalice tu fuerza en el fabuloso metal y así aniquilen al monstruo.
Dos pasos rápidos mientras levantas los brazos. Un golpe en diagonal directo al costado de su cabeza; la bestia no alcanzó a reaccionar. El crujido del cráneo al romperse marca tu triunfo, su cuerpo se desmorona inerte. Lo has sabido de niño, a los zombis hay que reventarles la cabeza y lo has conseguido.



La oscura sangre mancha el pavimento, te alejas triunfante mientras los gritos de los testigos de tu hazaña comienzan a escucharse, pero no son de júbilo, notas de pánico trae el viento hasta tus oídos, escuchas pasos, gritos, acusaciones y manos te aferran ¡La horda te ha atrapado! Lanzas golpes con tu arma, pero uno de ellos fue lo suficientemente ágil para aferrarse a tu arma y forcejear contigo. Te esfuerzas lo que puedes para liberarte, pero son muchos.
Son muchos…

Tranquilo, sabes que estas en lo correcto, te lo hemos dicho desde el primer día, desde aquella noche en que comenzaste a escucharnos, sabes que tienes la razón, siempre te lo hemos dicho. Hay zombis pululando por esta ciudad y solo tú puedes detenerlos, esto es solo un contratiempo, nosotros te diremos lo que tengas que decir para que te liberen, haznos caso, estamos en tu cabeza, lo hemos estado desde siempre, confía que te ayudaremos. Solo debes explicar tu misión, como te fue encargado el limpiar la ciudad de la amenaza de los no-muertos y como has recorrido estos meses haciendo todo lo humanamente posible, pero es una tarea titánica.
Te llamaron monstruo, dirán que estás loco, pero sabes que no es cierto, nosotros lo sabemos. Déjalos que te encierren y que se confíen, tarde o temprano volverán de rodillas a pedirte disculpas y te devolverán tu arma. Te necesitan allá afuera limpiando la ciudad de la amenaza que se cierne sobre ellos, son muchos, pero están equivocados.
Son muchos…

Rodrigo Muñoz Cazaux

Atrapados

en la Ashogath

Corrí hacia el comedor de la nave, esquivando los escombros solo con mi linterna porque quería saber si la explosión había sido grave y todos estaban bien. Mientras reparaba a los robots de mantenimiento, todo se sacudió y las luces se apagaron, lo cual era alarmante en un viaje de investigación hacia una estación espacial penal abandonada. Vi luces y escuché voces, además de olor a carne y ajo, pero otra sacudida derrumbó el techo frente a la entrada de la cocina, cerrándome el paso y dejándome solo con mis pensamientos igual de obscuros.
Debería rodear el área y entrar por el pasillo principal, pero para eso debería ir hacia la izquierda. Mi linterna se apagó y prendió. Aunque estaba cargándose cuando la tomé, las baterías debían de estar vencidas, con muchos ciclos de uso, lo cual no debía extrañarme en una nave espacial de transporte tan antigua. Era obvio que la luz no iba a funcionar, si a mi nada me funcionaba nunca.
Dejé de escuchar las voces lejanas, deambulando entre pasillos silenciosos, buscando algún mapa o señalética que no fuesen símbolos que no podía comprender. Yo solo era un técnico de robots que fue asignado a última hora para reemplazar al ingeniero designado porque una caja de cinco toneladas cayó sobre su pierna y la desintegró.
Llegué al final de un pasillo, pero la puerta también estaba bloqueada.

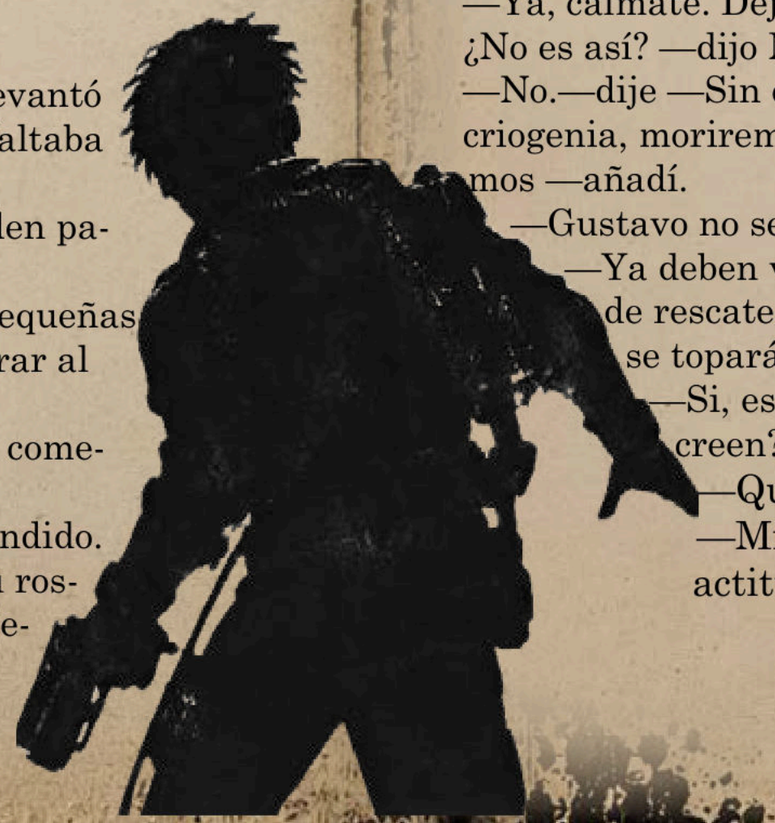
Moví varios muebles buscando una herramienta para mover la puerta. Junto a mi había una ventana. Vislumbré que en el interior había un soplete. Intenté pasar, pero la puerta no abría. Por alguna razón se habían disparado al mismo tiempo todos los sellos magnéticos.
Volví sobre mis pasos. Recordé que había visto un extinguidor un par de vueltas más atrás. Lo recuperé y volví.
Lancé el extintor contra el vidrio. No se rompió. Necesitaba el solador para avanzar, ya que no había otra ruta.
Saqué la batería de mi linterna. Todo quedó casi invisible. Solo el brillo de las tenues marcas en el suelo que mostraban el camino a seguir me iluminaron. Saqué un trozo de cable que tenía en mi bolsillo y le quité el plástico protector. Conecté ambos polos de la batería con el cable y lo envolví en un pañuelo de tela. Dejé junto al vidrio templado. La batería comenzó a calentarse y la tele se prendió en fuego. El fuego se elevó por el vidrio y antes que explotara, la apagué con el extintor.
El brusco cambio de calor hizo que el vidrio explotara. Asustado, cubrí mi rostro, pero un trozo alcanzó a cortar mi pómulo.

Entré a la enfermería y saqué el cortador láser. Aunque el cortador era de baja potencia, si le quitaba el protector podría sobrecargarlo, pero no si no veía lo que hacía.
Busqué a tientas hasta encontrar gasa y alcohol. Los dejé dentro de un basurero metálico y apunté con el láser. Conseguí fuego.
Abrí el panel lateral del cortador usando mi navaja suiza. Había sido un regalo por Sol Invictus de mi hermano mayor. Lamento no haberle dado un traje de baño y no un regalo tan útil. Hice un bypass en el conector y listo, ahora podría sobrecargarlo más allá de lo necesario para quitar un yeso de un brazo o hacer una incisión precisa. Pero no tendría mucha batería.

Acerqué el basurero metálico con fuego en su interior y vi con claridad la puerta. Hacía diez años que era técnico en diferentes estaciones espaciales y naves. Desde Lujoburgo en venus hasta los casino ilegales de plutón. Una vez incluso logré subirme a un transbordador de ataque de la Hegemonía Laconia y vi como los cazas obliteraban a las naves de ataque de los Luditas. Pero en todo este tiempo, jamás había visto algo así.
Todos los bordes del lado derecho de la puerta estaban solidificados, como convertidos en una especie de roca negra que al mismo tiempo era de muchos colores. Parecían cristales que reflejaban la luz y se movían, pero no parecían moverse. Eran un río de arcoiris sobre piedra negra quieta.
Pasé el láser por el mineral, pero no tuve efecto. El rayo de color verde tocó el metal de la puerta e inmediatamente la cortó. Noté que la energía no alcanzaría para cortar todo el borde, así que corté un agujero del tamaño suficiente para dejarme pasar.
Crucé al otro lado.
La atmósfera se sentía enrarecida. Sentía el oxígeno más bajo, el olor a encierro y humedad, y el frío. Los sistemas de soporte vital ya debían de estar fallando. Al menos las luces rojas de emergencia estaban parpadeando, lo que me permitía al menos el camino. Aunque tenía poca energía, me llevé conmigo el cortador.
Caminé lentamente hasta que llegué a una esquina.
Algo saltó frente a mi.
Encendí el cortador láser, pero algo empujó mi brazo a un costado. Todo el techo soltó chispas y pedazos de metal derretido se esparcieron por todos lados.
—Cuidado, tarado. ¿Acaso intentas matar a alguien?
—¿Pablo? —pregunté, creyendo reconocer la voz.
—Casi. Lo sería si estuviera entero, pero creo que me cortaste un poco la oreja.

s.

Con su mano izquierda tapaba su oído, pero como todas las luces eran rojos, solo vi un líquido negro corriendo por su mejilla.
Una luz brillante inundó todo. Una silueta se acercó a nosotros.
—¿Qué pasó? Ernesto, ¿Eres tú? ¡Pablo! Vengan, entren.
Caminé hacia la luz. Cuando mis ojos se adaptaron mejor, vi que era el comedor. Anastasia caminaba junto a Pablo, revisando su herida.
En medio del comedor estaba el capitán Vallejo, un viejo zorro que debió haberse retirado del deber cuando yo empecé a trabajar, Omar, el ejecutivo de Skorpius, que miraba hacia el espacio mientras ajustaba sus pequeños lentes redondos y Gustavo, el gigante que se encargaba del aseo.
Pablo me miraba con odio, como siempre, mientras Nelly le limpiaba la sangre.
—¿Alguien me quiere explicar qué acaba de suceder? -dijo el capitán Guillermo con su particular voz rasposa.
—Pues yo… —dije.
—Ernesto intentó asesinarme. De nuevo.
—Ay, no exageres. Creí que…
—¿Qué? ¿Qué? Dime qué creíste. —Pablo se levantó y se acercó a mi. Noté como efectivamente le faltaba un pequeño trozo de la oreja izquierda.
—Ustedes dos siempre con lo mismo ¿No pueden parar? —dijo Nelly.
—Tenemos problemas más importantes que pequeñas rivalidades —dijo el ejecutivo, sin dejar de mirar al espacio.
El capitán arrastró los pies hacia el medio del comedor.
—Perdimos las criocapsulas —dijo, algo confundido.
Todos nos quedamos en silencio. Nelly tapó su rostro y sollozó mientras Pablo la abrazaba. El ejecutivo continuó observando el vacío.



—Significa que no podremos hibernar y tendremos que comer las provisiones, pero no son suficientes —le dije.
—Entonces es malo muy malo.
—Capitán, ¿sabe usted cuantas provisiones tenemos? —preguntó Omar.
—Si, bueno, es que eso lo veía Mauricio. Debería preguntarle. ¿Alguien sabe dónde está? Tiene que traerme mi té.
—Capitán Vallejo, está muerto. Usted lo encontró, unas cajas en la bodega lo aplastaron y lo reventaron —dijo Pablo.
El anciano tocó su frente y se sentó en los bancos metálicos.
—Tomaré eso como un no. ¿Alguien más? ¿Usted, el ingeniero? ¿No puede recuperar el manifiesto de las computadoras?
—Me llamo Ernesto y no soy técnico en computadoras.— le dije —¿Por qué no va a revisar la bahía de carga? ¿Acaso le teme a los muertos? Pero eso no importa, estamos acabados.
—Bueno, pues necesitamos saber cuánto tiempo podemos resistir hasta el rescate. Que alguien vaya a hacer un inventario.
—¡Vaya usted! —Pablo caminó hacia el ejecutivo.
—Ya, cálmate. Déjame revisar tu herida. Todo estará bien. ¿No es así? —dijo Nelly.
—No.—dije —Sin comida moriremos. Sin los sistemas de criogenia, moriremos. Si nadie viene a rescatarnos… moriremos —añadí.
—Gustavo no se quiere morir —dijo Gustavo.
—Ya deben venir en camino. Pronto llegará una nave de rescate. Y si no, algún sucio camionera espacial se topará con nosotros tarde o temprano.
—Si, eso es cierto. Aún hay esperanza. ¿No lo creen?
—Que no, les digo.
—Mira, pecoso. Podrías parar ya con esa actitud. Es lo último que necesitamos.

—Es cierto. Sería mejor que hackeara el manifiesto en vez de quejarse.
—Pero si podrías al menos intentarlo. ¿Intentar ver si puedes?
—Gustavo ya tiene hambre.
—Mauricio. Quiero mi té. ¿Alguien ha visto a Mauricio? Se supone que fue a hacerme un té, son las seis de la tarde.
La nave se sacudió y las luces parpadearon.
—No están escuchándome. Estoy tratando de decirles algo importante. Nos vamos a morir…
Otro temblor nos sacudió.
—…Vengo de la sala de motores y descubría que la antena no funciona. La radiobaliza y todo el sistema de comunicaciones está tan muerto como nosotros. Sin radio, ni láser, ni señales de humo, nadie sabrá que estamos aquí hasta que noten que no llegamos de vuelta a la tierra.
—Y eso será pronto, ¿O no? —preguntó Nelly.
—Son seis meses de ida y llevamos cuatro, seis de vuelta, más el tiempo indeterminado de investigar la colonia penal… incluso si asumen que llegamos y nos devolvimos de inmediato, tardarían un año en llegar a nosotros y comenzar a buscarnos —dijo Omar, pasando la mano sobre su cabello corto, casi al ras de la cabeza.
Todos se quedaron en silencio.
—¿Al menos sabemos qué pasó? —preguntó Pablo.
—Usando las cámaras exteriores encontré una especie de calcificación en los motores y en las antenas.Omar se acercó a nosotros.
—Debe haber alguna forma de enviar una señal. Que alguien haga algo.
—Gustavo quiere ayudar.
—Eso es grandote. De seguro puedes ayudarnos ¿No es así, campeón?
—A Gustavo le gusta que Nelly le diga cosas lindas.
—Entonces ve a la cocina y busca algo para comer ahora. Ve, anda.

Gustavo obedeció a Omar.
—Yo iré con el chico. Pondré a hervir agua. Es mi nave después de todo.
—Es de Skorpius, do Guillermo.
—¡Y yo soy su capitán!
El anciano siguió al gigante.
Necesitábamos enviar un mensaje, pero ni siquiera tenía un traje espacial para salir a reparar, ya que también se había cristalizado. No había escapatoria y parecía ser el único en entenderlo.
Podríamos querer muchas cosas, podíamos intentar muchas cosas, pero nadie más sabía que yo era el único capaz de arreglar la nave y yo no era capaz de hacerlo.
Me acerqué a la ventana y contemplé el espacio.
Vi con claridad los motores apagados y la antena convertida en esta piedra multicolor. Miré a Omar, quién se dio cuenta de lo que yo había visto. Ambos sabíamos que no podrían rescatarnos, pero él les hizo creer que sí lo harían. Porque él entendía que si todos nos rendíamos, el final inevitable llegaría más rápido.
—Quizás pueda intentar arreglar la antena —dije.
Omar me miró y asintió con su cabeza, de forma casi imperceptible.
—Eso es campeón. Sabía que podías hacerlo. Te perdono viejo, los accidentes pasan.
—Eso es bueno. Son buenas noticias ¿O no?
—Si, son buenas noticias —dije.
—Son buenas noticias —insistí.
observando el vacío.

I. A. Galdames

AGRADECIMIENTOS

En esta edición de Revista Ashogath, dedicada a la monstruosidad en todas sus formas —física, interna y aquellas que habitan en las sombras de nuestra propia humanidad—, tuvimos el honor de contar con la participación de:

I. A. Galdames
Rodrigo Muñoz Cazaux
Romy Riq
Iván Salazar

Agradecemos profundamente a cada escritor por compartir sus relatos, dar vida a sus monstruos y explorar, a través de sus palabras, aquello que nos aterra, nos habita y nos transforma.

Gracias por ser parte de Ashogath.

Los monstruos no desaparecen cuando termina un cuento.

Cambian de nombre.

De época.

De uniforme.

De discurso.

A veces...

también cambian de lector.

LOGIA ASHOGAT
Historias más allá de la imaginación


Correr
ILO TAI
SA6 12
BOOFATA
CON SUVOUJNIA
ABANDON
OS LIMITES DE